

XVIII Concurso de Cuentos «Mari Luz Puche»

Primer Premio • Categoría B

Recuerdos de una vida



Ayer estaba sola en casa, y me dispuse a recordar a mi padre, y algunas de las cosas que me contó cuando yo era pequeña.

Él nació en el año 1910 en Yecla, en la calle San Pascual. Físicamente era de estatura baja, el pelo lo tenía liso de color castaño, lo llevaba siempre peinado hacia atrás. Su cara era redonda, con los ojos azul claro, la nariz grande, la boca mediana y con los labios gruesos; sus manos pequeñas, y llevaba un reloj en el bolsillo. Sus andares resultaban graciosos, y le acompañaba siempre su bastón de puño plateado.

En cuanto a su personalidad, decir que tenía un carácter agradable, simpático, risueño, inquieto; le gustaba mucho la poesía, los toros, el teatro, el campo, la playa y era muy dado a los refranes.

La infancia y la adolescencia las pasó en el campo, en «la casa de Spuche», que estaba en la carretera de Pinoso, antes de llegar a la pedanía de Raspay. Allí fue feliz con sus padres y sus hermanos. El dueño de la finca era una persona buena y cariñosa, vivía en Valencia y cuando venía al campo llamaba a mi padre que, entonces era un chiquillo de pocos años y le decía: «Vente conmigo a la biblioteca que te voy a enseñar a leer». Así, en las temporadas que pasaba en la finca, fue como mi padre aprendió lo poco que sabía. También le enseñaba a leer poesía, pues tenía una buena colección de libros de autores como: Lorca, Machado,...Y otros muchos.

Por aquellos años en los campos era difícil aprender a leer o a escribir. Sí, algún maestro que otro recorría los parajes de Yecla dando clases, pero eran pocos.

Entre juegos y caminatas en la Sierra de Salinas y alrededores, fueron pasando los años de mi niñez; un día su hermano y él visitaron la cueva de El Lagrimal, decía que del techo caían unos «chorricos» de agua, de ahí lo de su nombre. Otros días iban a la Sierra del Serral, que se encontraba cerca de donde vivían.

Él me contaba que si subías a lo alto de la Sierra de Salinas, al salir el sol, en los días claros en que no había niebla, se podía ver el mar; yo me quedaba asom-

brada pensando cómo se podía ver el mar desde tan lejos. Otras veces contaba que por las sierras de Salinas y El Serral, tiempo atrás, vivió un bandolero, «Jaime el Barbudo» y su banda, y que por las noches bajaban de la sierra a la hondonada, a las casas de la gente adinerada, y les robaban; luego se repartían el botín entre ellos, y también ayudaban a los pobres, pues por aquellos años había mucha miseria.

Más tarde, en su adolescencia, mi padre decía que en verano su familia y él se iban a pasar unos días a Alicante a la playa, su medio de transporte era un carro y un caballo. El viaje duraba varios días, cuando les sorprendía alguna tormenta, se refugiaban en algún caserío que encontraban en el camino. Una vez que habían llegado, se hospedaban en una posada y se bañaban, se recorrían sus calles y plazas e iban a alguna corrida de toros, pues a mi padre le gustaba mucho la fiesta taurina.

Así pasó el tiempo y llegaron los años anteriores a la Guerra Civil, por entonces conoció a mi madre. Aquellos años fueron difíciles, pues sin tener ni manifestar ideas políticas, le persiguieron para darle «el paseo» como a Lorca; él se tuvo que esconder si no lo linchaban. Después llegó la Guerra y se fue al Frente, pasaron tres largos años luchando, y por fin acabó. Llegó la postguerra y, pasados algunos años, mi padre y mi madre se casaron; fueron tiempos difíciles y duros, pues no había dinero ni trabajo, y escaseaban los alimentos; la mayoría de los días no tenían que comer; había una cartilla para racionar los alimentos, cuando conseguían una barra de pan parecía que tenían un tesoro.

El que tenía campo se las mañeaba para sacar de él algunos alimentos. Por aquellos años en los campos de Yecla abundaban mucho unas hierbas que se llamaban «collejas», éstas se cocinaban de muchas maneras, puesto que como no había otras cosas, dichas hierbas se hicieron muy populares y preciadas.

Años más tarde cuando le preguntaron a mi hermano: «¿Tú cuándo naciste...?, éste se reía y decía: «Yo nací en el año de las collejas...»

Fueron pasando los años, mi padre trabajaba en el campo para poder mantener a su familia; hacía todo lo que le salía, lo mismo labraba la tierra que hacía hoyos para los viñedos; segaba o trillaba; cuando se quedaba sin trabajo, él no podía estar parado, enseguida bus-



caba otro, hablaba con el forestal, y éste le decía «Vente conmigo al monte de El Serral, que vamos a plantar pinos». Y él se iba. Todos estos trabajos eran duros, pero así fue su vida laboral.

Cuando se jubiló pasó unos años buenos, le gustaba mucho andar, todas las mañanas salía de casa temprano y se hacía varios kilómetros; por las tardes se iba al Hogar del Pensionista, a pasar un rato con los amigos; pero esta época no duró mucho, pues el trabajo duro en el campo lo agotó y le pasó factura a sus huesos, y fue perdiendo la salud. Poco a

poco, su cuerpo y su mente, se fueron deteriorando y llegó la demencia senil; años duros los que pasamos toda la familia cuidándole y viendo cómo iba olvidándonos, no nos conocía ya; a mi madre que estaba todo el día con él le decía. ¿Tú quién eres?

Para terminar os diré que en unas cuantas hojas no se puede hablar de toda una vida, yo he tratado de plasmar algo de ella.

Dolores Díaz López
Taller de lectoescritura C

NUESTRO ILUSTRADOR

Este año hemos tenido la fortuna de contar con la colaboración de un ilustrador de la casa. Se trata de José Ignacio Puche Rubio, Iñaki, alumno de aula Mentor que entre otros cursos ha realizado el de Ilustración Digital.

Iñaki, desde una edad muy temprana ha tenido don para la pintura. Ha obtenido premios por sus dibujos y ha realizado trabajos muy complejos en los que utilizaba telas, cazadoras, cortinas y ha decorado con sus murales locales de ocio.

Iñaki, gracias por poner un poco de tu talento en estas páginas.

